

SUSANNA ISERN

MAGIC ANIMALS

EL MONSTRUO DE LOS HIELOS



DESTINO

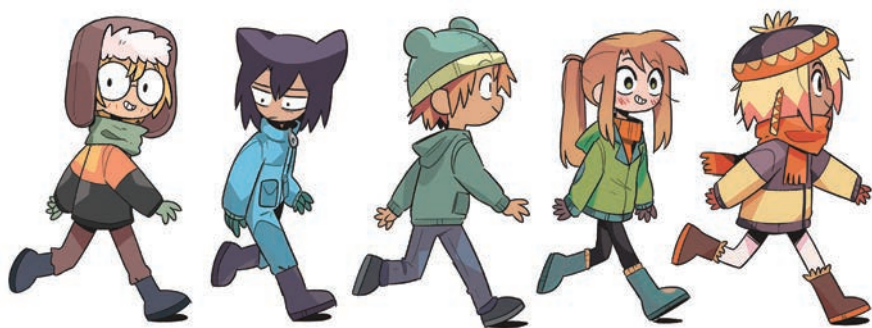
Ilustraciones de Carles Dalmau

SUSANNA ISERN

MAGIC ANIMALS

EL MONSTRUO DE LOS HIELOS

Ilustraciones de Carles Dalmau




DESTINO





Uno de mis lugares favoritos es la cabaña del árbol. Está construida en el jardín de la Casa de los Animales Perdidos y allí es donde nos reunimos los Magic Animals para jugar, contarnos confidencias y, si es necesario, para prepararnos contra los ataques del malvado mago Otto y su esbirra Hela Crow.

¡Uy, disculpa! ¿Voy demasiado deprisa y no



te estás enterando de nada? Verás, los Magic Animals somos seres mágicos, mitad niño y mitad animal. Yo, por ejemplo, soy medio niña, medio pájaro; por eso me llamo Abi Bird.

El caso es que esta historia comienza precisamente en la cabaña del árbol, mientras

echábamos una partida al supertrepidante juego de la oca. Imagino que estarás pensando que ese juego no tiene nada de emocionante, pero eso es porque aún no te he contado que nuestras fichas eran ocas de verdad. ¡No veas la que se organizaba sobre el gran tablero!



—¡Ey, Éric! ¡Tu oca es una tramposa! —me quejé—. Ha avanzado cinco casillas más de la cuenta.

—Cloe la está mirando con ojos golosos —se defendió Éric—. La pobre tiene miedo.

—¡Ahí va! ¡Qué desastre! —dijo Yuna—. Pues a la mía le ha entrado diarrea...

—¡Menudo pastelapestoso! A este paso nunca vamos a acabar la partida —me lamenté. Aunque mi oca también estaba haciendo de las suyas, se había puesto a incubar una patata y no había quien la moviera de la casilla de salida.

—¡Está nevando! —exclamó Yuna de repente.

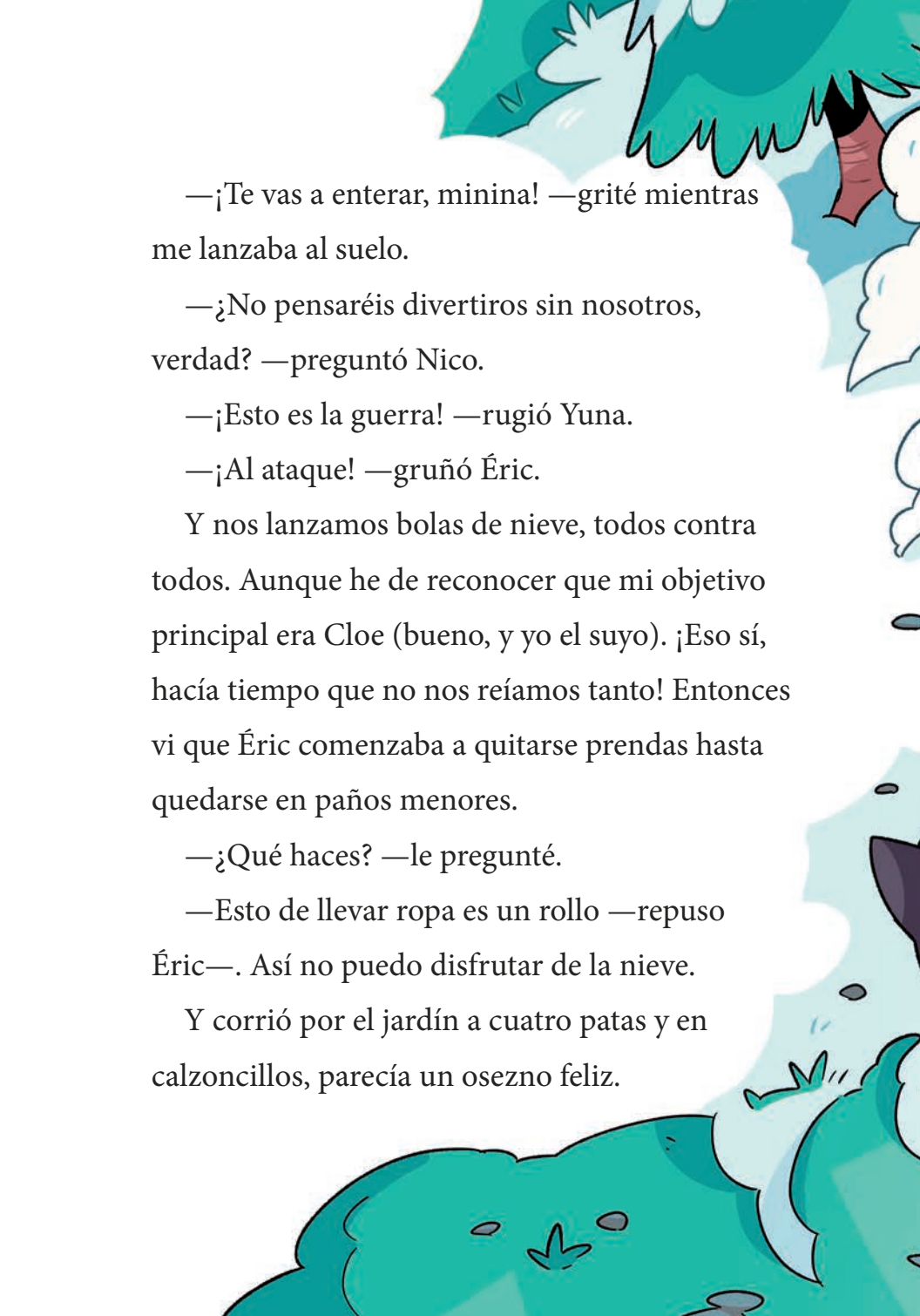
Nos asomamos por la puerta. ¡Yuna tenía razón! Miles de copos ligeros y esponjosos caían desde las nubes, el jardín se estaba cubriendo por un manto blanco.





De pronto sentí un fuerte impacto en la mejilla. ¿Alguien me atacaba?

—¿Está fría, pajarito? —preguntó Cloe. Había saltado al jardín y me observada con su mirada de dos colores.



—¡Te vas a enterar, minina! —grité mientras me lanzaba al suelo.

—¿No pensaréis divertirnos sin nosotros, verdad? —preguntó Nico.

—¡Esto es la guerra! —rugió Yuna.

—¡Al ataque! —gruñó Éric.

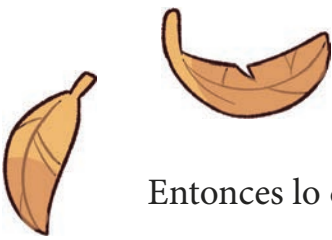
Y nos lanzamos bolas de nieve, todos contra todos. Aunque he de reconocer que mi objetivo principal era Cloe (bueno, y yo el suyo). ¡Eso sí, hacía tiempo que no nos reíamos tanto! Entonces vi que Éric comenzaba a quitarse prendas hasta quedarse en paños menores.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Esto de llevar ropa es un rollo —repuso Éric—. Así no puedo disfrutar de la nieve.

Y corrió por el jardín a cuatro patas y en calzoncillos, parecía un oseño feliz.





Entonces lo que parecía un animal saltó sobre mi cabeza y comenzó a corretear de forma repentina.

—Yo que tú no me movería —advirtió Cloe—. Tienes una tarántula en la cabeza.

Me quedé paralizada. Una cosa era una entrañable araña patilarga de las que viven en los techos de las casas y otra muy diferente esos seres espeluznantes y peludos, grandes como ratones, de colmillos poderosos. Cloe aprovechó ese momento para lanzarme una bola del tamaño de un melón en toda la cara. Me entró nieve hasta la garganta.

—Serás traidora —gruñí.

—¡Ja, ja! —rio Cloe—. ¡Qué inocente eres!

—Pero... entonces, la tarántula...

En ese momento, la cola de una musaraña

traviesa se descolgó ante mis ojos. Todos se empezaron a reír, incluso yo (bueno, Cloe también se relamió). Aquella tarde lo pasamos en grande con la batalla de bolas heladas, lo que ignorábamos era que, muy pronto, la nieve se convertiría en una auténtica pesadilla.

